

Y aquellos placeres, que el triste ha perdido,  
No huyeron del mundo, que en el mundo están,  
Y él vive en el mundo do siempre ha vivido,  
Y aquellos placeres para él no son ya!!

¡Ay! el que descubre por fin la mentira,  
¡Ay! el que la triste realidad palpó,  
El que el esqueleto de este mundo mira,  
Y sus falsas galas loco le arrancó...

¡Ay! aquel que vive solo en lo pasado!...  
¡Ay! el que su alma nutre en su pesar,  
Las horas que huyeron llamará angustiado,  
Las horas que huyeron y no tornarán...

Quien haya sufrido tan bárbaro duelo,  
Quien noches enteras contó sin dormir  
En lecho de espigas, maldiciendo el cielo,  
Horas sempiternas de ansiedad sin fin;

Quien haya sentido quererle del pecho  
Saltar á pedazos roto el corazón;  
Crecer su delirio, crecer su despecho;  
Al cuello cien nudos echarle al dolor;

Ponzoñoso lago de punzante hielo,  
Sus lágrimas tristes que cuajó el pesar,  
Reventando ahogarle, sin hallar consuelo,  
Ni esperanza nunca, ni tregua en su afán...

Aquel, de la blanca fantasma el gemido,  
Única respuesta que á don Félix dió,  
Hubiera, y su inmenso dolor, comprendido,  
Hubiera pesado su inmenso valor.

D. FÉLIX. «Si buscáis algún ingrato,  
Yo me ofrezco agradecido;  
Peró ó miente ese recato,  
O vos sufrís el mal trato  
De algún celoso marido.

»¿Acerté? ¡Necia manía!  
Es para volverme loco,  
Si insistís en tal porfía:

Con los mudos, reina mía,  
Yo hago mucho y hablo poco.»

Segunda vez importunada en tanto,  
Una voz de suave melodía  
El estudiante oyó que parecía  
Eco lejano de armonioso canto:

De amante pecho lánguido latido,  
Sentimiento inefable de ternura,  
Suspiro fiel de amor correspondido,  
El primer sí de la mujer aun pura.

«Para mi los amores acabaron:  
Todo en el mundo para mí acabó:  
Los lazos que á la tierra me ligaron,  
El cielo para siempre desató.»

Dijo su acento misterioso y tierno,  
Que de otros mundos la ilusión traía,  
Eco de los que ya reposo eterno  
Gozan en paz bajo la tumba fría.

Montemar, atento sólo á su aventura,  
Que es bella la dama y aun fácil juzgó,  
Y la hora, la calle y la noche oscura  
Nuevos incentivos á su pecho son.

—Hay riesgo en seguirme.—¡Mirad qué reparo!  
—Quizá luego os pese.—Puede que por vos.  
—Ofendeis al cielo.—Del diablo me amparo.  
—Idos, caballero, no tenteis á Dios.

—Siento me enamora más vuestro despego,  
Y si Dios se enoja, pardiez que hará mal:  
Véame en vuestros brazos y máteme luego.  
—¡Vuestra última hora quizá esta será!...

Dejad ya, don Félix, delirios mundanos.—  
—¡Hola, me conoce!—¡Ay! ¡temblad por vos!  
¡Temblad no se truequen deleites livianos  
En penas eternas!—Basta de sermón,  
Que yo para oírlos la cuaresma espero,  
Y hablemos de amores, que es más dulce hablar;

Dejad ese tono solemne y severo,  
Que os juro, señora, que os sienta muy mal;  
La vida es la vida: cuando ella se acaba,  
Acaba con ella también el placer.  
¿De inciertos pesares por qué hacerla esclava?  
Para mí no hay nunca mañana ni ayer.

Si mañana muero, que sea en mal hora  
O en buena, cual dicen, ¿qué me importa á mi?  
Goce yo el presente, disfrute yo ahora,  
Y el diablo me lleve siquiera al morir.

—¡Cúmplase en fin tu voluntad, Dios mío!—  
La figura fatídica exclamó:  
Y en tanto el pecho redoblar su brío  
Siente don Félix y camina en pos.

Cruzan tristes calles,  
Plazas solitarias,  
Arruinados muros,  
Donde sus plegarias  
Y falsos conjuros,  
En la misteriosa  
Noche borrascosa,  
Maldecida bruja  
Con ronca voz canta,  
Y de los sepulcros  
Los muertos levanta,  
Y suenan los ecos  
De sus pasos huecos  
En la soledad;  
Mientras en silencio  
Yace la ciudad,  
Y en lúgubre són  
Arrulla su sueño  
Bramando Aquilón.

Y una calle y otra cruzan,  
Y más allá y más allá:  
Ni tiene término el viaje,

Ni nunca dejan de andar,  
Y atraviesan, pasan, vuelven,  
Cien calles quedando atrás,  
Y paso trás paso siguen,  
Y siempre adelante van:  
Y á confundirse ya empieza  
Y á perderse Montemar,  
Que ni sabe á dó camina,  
Ni acierta ya dónde está:  
Y otras calles, otras plazas  
Recorre y otra ciudad,  
Y ve fantásticas torres  
De su eterno pedestal  
Arrancarse, y sus macizas  
Negras masas caminar,  
Apoyándose en sus ángulos  
Que en la tierra, en desigual,  
Perezoso tranco fijan;  
Y á su monótono andar,  
Las campanas sacudidas  
Misteriosos dobles dan;  
Mientras en danzas grotescas  
Y al estruendo funeral  
En derredor cien espectros  
Danzan con torpe compás:  
Y las veletas sus frentes  
Bajan ante él al pasar,  
Los espectros le saludan,  
Y en cien lenguas de metal,  
Oye su nombre en los ecos  
De las campanas sonar.  
Mas luego cesa el estrépito,  
Y en silencio, en muda paz  
Todo queda, y desaparece  
De súbito la ciudad;  
Palacios, templos, se cambian

En campos de soledad,  
Y en un yermo y silencioso,  
Melancólico arenal,  
Sin luz, sin aire, sin cielo,  
Perdido en la inmensidad.  
Tal vez piensa que camina,  
Sin poder parar jamás,  
De extraño empuje llevado  
Con precipitado afán;  
Entretanto que su guía  
Delante de él sin hablar,  
Sigue misteriosa, y sigue  
Con paso rápido, y ya  
Se remonta ante sus ojos  
En alas del huracán,  
Visión sublime, y su frente  
Ve fosfórica brillar  
Entre lívidos relámpagos  
En la densa oscuridad,  
Sierpes de luz, luminosos  
Engendros del vendaval!  
Y cuando duda si duerme,  
Si tal vez sueña ó está  
Loco, si es tanto prodigio,  
Tanto delirio verdad,  
Otra vez en Salamanca  
Súbito vuélvese á hallar,  
Distingue los edificios,  
Reconoce en donde está,  
Y en su delirante vértigo  
Al vino vuelve á culpar.  
Y jura, y siguen andando  
Ella delante, él detrás.  
«¡Vive Dios! dice entre sí,  
O Satanás se chancea,  
O no debo estar en mí

O el Málaga que bebí  
En mi cabeza aún humea.  
»Sombras, fantasmas, visiones....  
Dale con tocar á muerto,  
Y en revueltas confusiones,  
Danzando estos torreones  
Al compás de tal concierto.  
»Y el juicio voy á perder  
Entre tantas maravillas,  
Que estas terres llegué á ver,  
Como mulas de alquiler,  
Andando con campanillas.  
»Y esta mujer quién será?  
Mas si es el diablo en persona,  
¿A mi qué diantre me da?  
Y más que el traje en que va  
En esta ocasión, le abona.  
»Noble señora, imagino  
Que sois nueva en el lugar:  
Andar así es desatino:  
O habeis perdido el camino,  
O esto es andar por andar.  
»Ha dado en no responder,  
Que es la más rara locura  
Que puede hallarse en mujer,  
Y en que yo la he de querer  
Por su paso de andadura.»  
En tanto don Félix á tientas seguía,  
Delante camina la blanca visión,  
Triplica su espanto la noche sombría,  
Sus hórridos gritos redobla Aquilón.  
Rechinan girando las férreas veletas,  
Crujir de cadenas se escucha scnar,  
Las altas campanas, por el viento inquietas,  
Pausados sonidos en las torres dan.  
Ruido de pasos de gente que viene

A compás marchando con sordo rumor,  
Y de tiempo en tiempo su marcha detiene,  
Y rezar parece en confuso són,

Llegó de don Félix luego á los oídos,  
Y luego cien luces á lo léjos vió,  
Y luego en hileras largas divididos,  
Vió que murmurando con lúgubre voz,

Enlutados bultos andando venían;  
Y luego más cerca con asombro ve,  
Que un féretro en medio y en hombros traían  
Y dos cuerpos muertos tendidos en él.

Las luces, la hora, la noche, profundo,  
Infernal arcano parece encubrir.  
Cuando en hondo sueño yace muerto el mundo  
Cuando todó anuncia que habrá de morir,

Al hombre, que loca la recia tormenta  
Corrió de la vida, del viento á merced,  
Cuando una voz triste las horas le cuenta,  
Y en lodo sus pompas convertidas ve,

Forzoso es que tenga de diamante el alma  
Quien no sienta el pecho de horror palpitar,  
Quien como don Félix, con serena calma  
Ni en Dios ni en el diablo se ponga á pensar.

Así en tardos pasos, todos murmurando,  
El lúgubre entierro ya cerca llegó,  
Y la blanca dama devota rezando,  
Entrambas rodillas en tierra dobló.

Calado el sombrero y en pié, indiferente  
El féretro mira don Félix pasar,  
Y al paso pregunta con su aire insolente  
Los nombres de aquellos que al sepulcro van.

Mas ¡cuál su sorpresa, su asombro cuál fuera,  
Cuando horrorizado con espanto ve  
Que el uno don Diego de Pastrana era,  
Y el otro ¡Dios santo! y el otro era él...  
Él mismo, su imagen, su misma figura,

Su mismo semblante, que él mismo era en fin:  
Y duda, y se palpa, y fría pavura  
Un punto en sus venas sintió discurrir.

Al fin era hombre, y un punto temblaron  
Los nervios del hombre, y un punto temió;  
Mas pronto su antiguo vigor recobraron,  
Pronto su fiera volvió al corazón.

«Lo que es, dijo, por Pastrana,  
Bien pensado está el entierro;  
Mas es diligencia vana  
Enterrarme á mí, y mañana  
Me he de quejar de este yerro.

»Diga, señor enlutado,  
¿A quién llevan á enterrar?  
—Al estudiante endiablado  
Don Félix de Montemar,—  
Respondió el encapuchado.

»Mientes, truhán.—No por cierto.—  
Pues decidme á mí quién soy,  
Si gustáis, porque no acierto  
Cómo á un mismo tiempo estoy  
Aquí vivo y allí muerto.

—»Yo no os conozco.— Pardiez,  
Que si me llevo á enojar,  
Tus burlas te haga llorar  
De tal modo, que otra vez  
Conozcas ya á Montemar.

»¡Villano!.... mas esto es  
Ilusión de los sentidos,  
El mundo que anda al revés,  
Los diablos entretenidos  
En hacerme dar trapiés.

»¡El fanfarrón de don Diego!  
De sus mentiras reniego,  
Que cuando muerto cayó,  
Al infierno se fué luego

Contando que me mató.»

Diciendo así, soltó una carcajada  
Y las espaldas con desdén volvió:  
Se hizo el bigote, requirió la espada,  
Y á la devota dama se acercó.

«Conque, en fin, ¿dónde vivís?  
Que se hace tarde, señora.

—Tarde, aun no; de aquí á una hora  
Lo será.—Verdad decís,  
Será más tarde que ahora.

»Esa voz con que haceis miedo  
De vos me enamora más:  
Yo me he echado el alma atrás;  
Juzgad si me dará un bledo  
De Dios ni de Satanás.

—»Cada paso que avanzáis  
Lo adelantáis á la muerte,  
Don Félix. ¿Y no tembláis,  
Y el corazón no os advierte  
Que á la muerte caminais?»

Con eco melancólico y sombrío  
Dijo así la mujer, y el sordo acento,  
Sonando en torno del mancebo impío,  
Rugió en la voz del proceloso viento.

Las piedras con las piedras se golpearon,  
Bajo sus piés la tierra retemblo,  
Las aves de la noche se juntaron,  
Y sus alas crujir sobre él sintió:

Y en la sombra unos ojos fulgurantes  
Vió en el aire vagar que espanto inspiran,  
Siempre sobre él saltándose anhelantes:  
Ojos de horror que sin cesar le miran.

Y los vió y no tembló: mano á la espada  
Puso y la sombra intrépido embistió,  
Y ni sombra encontró ni encontró nada;  
Sólo fijos en él los ojos vió.

Y alzó los suyos impaciente al cielo,  
Y rechinó los dientes y maldijo,  
Y en él creciendo el infernal anhelo,  
Con voz de enojo blasfemando dijo:

«Seguid, señora, y adelante vamos:  
Tanto mejor si sois el diablo mismo,  
Y Dios y el diablo y yo nos conozcamos,  
Y acábese por fin tanto embolismo.

»Que de tanto sermón, de farsa tanta,  
Juro, pardiez, que fatigado estoy:  
Nada mi firme voluntad quebranta,  
Sabed en fin que donde vayáis voy.

»Un término no más tiene la vida:  
Término fijo; un paradero el alma:  
Ahora adelante.» Dijo, y en seguida  
Camina en pos con decidida calma.

Y la dama á una puerta se paró,  
Y era una puerta altísima, y se abrieron  
Sus hojas en el punto en que llamó,  
Que á un misterioso impulso obedecieron:  
Y tras la dama el estudiante entró:  
Ni pajes ni doncellas acudieron:  
Y cruzan á la luz de unas bujías  
Fantásticas, desiertas galerías.

Y la visión como engañoso encanto,  
Por las losas deslizase sin ruido,  
Toda encubierta bajo el blanco manto  
Que barre el suelo en pliegues desprendido:  
Y por el largo corredor en tanto  
Sigue adelante, y sigue á atrevido,  
Y su temeridad raya en locura,  
Resuelto Montemar á su aventura.

Las luces, como antorchas funerales,  
Lánguida luz y cárdena esparcían,  
Y en torno y en movimientos desiguales  
Las sombras se alejaban ó venían;

Arcos aquí ruinosos, sepulcrales,  
Urnas allí y estatuas se veían,  
Rotas columnas, patios mal seguros,  
Yerbosos, tristes, húmedos y oscuros.

Todo vago, quimérico y sombrío,  
Edificio sin base ni cimiento  
Ondula cual fantástico navío  
Que anclado mueve borrascoso viento.  
En un silencio aterrador y frío  
Yace allí todo: ni rumor, ni aliento  
Humano nunca se escuchó: callado,  
Corre allí el tiempo, en sueño sepultado.

Las muertas horas á las muertas horas  
Siguen en el reloj de aquella vida,  
Sombras de horror girando aterradoras  
Que allá aparecen en medrosa huída;  
Éllas solas y tristes moradoras  
De aquella negra, funeral guarida,  
Cual soñada fantástica quimera,  
Vienen á ver al que su paz altera.

Y en él enclavan los hundidos ojos  
Del fondo de la larga galería,  
Que brillan lejos cual carbones rojos,  
Y espantaran la misma valentía:  
Y muestran en su rostro sus enojos  
Al ver hollada su mansión sombría,  
Y ora en grupos delante se aparecen,  
Ora en la sombra allá se desvanecen.

Grandiosa, satánica figura,  
Alta la frente, Montemar camina,  
Espiritu sublime en su locura,  
Provocando la cólera divina:  
Fábrica frágil de materia impura,  
El alma que la alienta y la ilumina,  
Con Dios le iguala, y con osado vuelo  
Se alza á su trono y le provoca á duelo.

Segundo Lucifer que se levanta  
Del rayo vengador la frente herida,  
Alma rebelde que el temor no espanta,  
Hollada sí, pero jamás vencida:  
El hombre en fin que en su ansiedad quebranta  
Su límite á la cárcel de su vida,  
Y á Dios llama ante él á darle cuenta,  
Y descubrir su inmensidad intenta.

Y un báquico cantar tarareando,  
Cruza aquella quimérica morada,  
Con atrevida indiferencia andando,  
Mofa en los labios, y la vista osada:  
Y el rumor que sus pasos van formando,  
Y el golpe que al andar le da la espada,  
Tristes ecos, siguiéndole detrás,  
Repiten con monótono compás.

Y aquel extraño y único ruidó  
Que de aquella mansión los ecos llena,  
En el suelo y los techos repetido,  
En su profunda soledad resuena:  
Y espira allá cual funeral gemido  
Que lanza en su dolor la ánima en pena,  
Que al fin del corredor largo y oscuro  
Salir parece de entre el roto muro.

Y en aquel otro mundo, y otra vida,  
Mundo de sombras, vida que es un sueño,  
Vida, que con la muerte confundida,  
Ciñe sus sienes con letal beleño;  
Mundo, vaga ilusión descolorida  
De nuestro mundo y vaporoso ensueño,  
Son aquel ruido y su locura insana,  
La sola imagen de la vida humana.

Que allá su blanca misteriosa guía  
De la alma dicha la ilusión parece,  
Que ora acaricia la esperanza impía,  
Ora al tocarla ya se desvanece:

Blanca, flotante nube, que en la umbría  
Noche, en alas del céfiro se mece,  
Su airosa ropa, desplegada al viento,  
Semeja en su callado movimiento:

Humo suave de quemado aroma  
Que al aire en ondas á perderse asciende,  
Rayo de luna que en la parda loma,  
Cual un broche su cima al éter prende;  
Silfa que con el alba envuelta asoma  
Y al nebuloso azul sus alas tiende,  
De negras sombras y de luz teñidas,  
Entre el alba y la noche confundidas.

Y ágil, veloz, aérea y vaporosa,  
Que apenas toca con los piés al suelo,  
Cruza aquella morada tenebrosa  
La mágica visión del blanco velo:  
Imagen fiel de la ilusión dichosa  
Que acaso el hombre encontrará en el cielo,  
Pensamiento sin fórmula y sin nombre,  
Que hace rezar y blasfemar al hombre.

Y al fin del largo corredor llegando,  
Montemar sigue su callada guía,  
Y una de mármol negro va bajando  
De caracol torcida gradería,  
Larga, estrecha y revuelta, y que girando  
En torno de él y sin cesar veía  
Suspendida en el aire y con violento,  
Veloz, vertiginoso movimiento.

Y en eterna espiral y en remolino  
Infinito prolóngase y se extiende,  
Y el juicio pone en loco desatino  
A Montemar que en tumbos mil descende,  
Y envuelto en el violento torbellino  
Al aire se imagina, y se desprende,  
Y sin que el raudo movimiento ceda,  
Mil vueltas dando, á los abismos rueda:

Y de escalón en escalón cayendo,  
Blasfema y jura con leguaje inmundo,  
Y su furioso vértigo creciendo,  
Y despeñado rápido al profundo,  
Los silbidos ya del huracán oyendo,  
Ya ante él pasando en confusión el mundo,  
Ya oyendo gritos, voces y palmadas,  
Y aplausos y brutales carcajadas;  
Llantos y ayes, quejas y gemidos,  
Mofas, sarcasmos risas y denuestos,  
Y en mil grupos acá y allá reunidos,  
Viendo debajo de él sobre él enhiestos,  
Hombres, mujeres, todos confundidos,  
Con sandia pena, con alegres gestos,  
Que con asombro estúpido le miran  
Y en el perpétuo remolino giran:

Siente por fin que de repente pára,  
Y un punto sin sentido se quedó;  
Mas luego valeroso se repara,  
Abrió los ojos y de pié se alzó:  
Y fué el primer objeto en que pensara  
La blanca dama, y al redor miró,  
Y al pié de un triste monumento hallóla  
Sentada en medio de la estancia, sola.

Era un negro solemne monumento  
Que en medio de la estancia se elevaba,  
Y á un tiempo á Montemar raro portentol  
Una tumba y un lecho semejaba:  
Ya imaginó su loco pensamiento  
Que abierta aquella tumba le aguardaba;  
Ya imaginó también que el lecho era  
Tálamo blando que al esposo espera.

Y pronto recobrada su osadía,  
Y á terminar resuelto su aventura,  
Al cielo y al infierno desafía  
Con firme pecho y decisión segura:

A la blanca visión su planta guía,  
Y á descubrirse el rostro la conjura,  
Y á sus piés Montemar tomando asiento,  
Así la habló con animoso acento:

«Diablo, mujer ó visión,  
Que, á juzgar por el camino  
Que conduce á esta mansión,  
Eres puro desatino  
O diabólica invención:

»Si quier de parte de Dios,  
Si quier de parte del diablo,  
¿Quién nos trajo aquí á los dos?  
Decidme en fin ¿quién sois vos?  
Y sepa yo con quién hablo:

»Que más que nunca palpita  
Resuelto mi corazón,  
Cuando en tanta confusión,  
Y en tanto arcano que irrita,  
Me descubre mi razón

»Que un poder aquí supremo,  
Invisible, se ha mezclado,  
Poder que siento y no temo,  
A llevar determinado  
Esta aventura al extremo.»

Fúnebre  
Llanto  
De amor,  
Oyese  
En tanto  
En són  
Flébil, blando,  
Cual quejido  
Dolorido  
Que del alma  
Se arrancó:  
Cual profundo

¡Ayl que exhala  
Moribundo  
Corazón.  
Música triste,  
Lánguida y vaga,  
Que á par lastima  
Y el alma halaga;  
Dulce armonía  
Que inspira al pecho  
Melancolía,  
Como el murmullo  
De algún recuerdo  
De antiguo amor,  
A un tiempo arrullo  
Y amarga pena  
Del corazón.

Mágico embelso,  
Cántico ideal,  
Que en los aires vaga  
Y en sonoras ráfagas  
Aumentando va:  
Sublime y oscuro,  
Rumor prodigioso,  
Sordo acento lúgubre,  
Eco sepulcral,  
Músicas lejanas,  
De enlutado parche  
Redoble monótono,  
Cercano huracán,  
Que apenas la copa  
Del árbol menea  
Y bramando está:  
Olas alteradas  
De la mar bravía,  
En noche sombría  
Los vientos en paz,

Y cuyo rugido  
Se mezcla al gemido  
Del muro que trémulo  
Las siente llegar:  
Pavoroso estrépito,  
Infalible présago  
De la tempestad.

Y en rápido *crescendo*,  
Los lúgubres sonidos  
Más cerca vanse oyendo  
Y en ronco rebramar;  
Cual trueno en las montañas  
Que retumbando va,  
Cual rugen las entrañas  
De horrisono volcán.

Y algazara y gritería,  
Crujir de afilados huesos,  
Rechinamiento de dientes  
Y retemblar los cimientos,  
Y en pavoroso estallido  
Las losas del pavimento  
Separando sus juntas  
Irse poco á poco abriendo.  
Siente Montemar, y el ruido  
Más cerca crece, y á un tiempo  
Escucha chocarse cráneos,  
Ya descarnados y secos,  
Temblar en torno la tierra,  
Bramar combatidos vientos,  
Rugir las airadas olas,  
Estallar el ronco trueno,  
Exhalar tristes quejidos  
Y prorumpir en lamentos.  
Todo en furiosa armonía,  
Todo en frenético estruendo  
Todo en confuso trastorno,

Todo mezclado y diverso.

Y luego el estrépito crece  
Confuso y mezclado en un són,  
Que ronco en las bóvedas hondas  
Tronando furioso zumbó;  
Y un eco que agudo parece  
Del ángel del juicio la voz,  
En tiple, punzante alarido  
Medroso y sonoro se alzó:  
Sintió, removidas las tumbas,  
Crujir á sus piés con fragor,  
Chocar en las piedras los cráneos  
Con rabia y ahinco feroz,  
Romper intentando la losa,  
Y huir de su eterna mansión,  
Los muertos, de súbito oyendo  
El alto mandato de Dios.

Y de pronto en horrendo estampido  
Desquiciarse la estancia sintió,  
Y al tremendo tartáreo ruido  
Cien espectros alzarse miró:  
De sus ojos los huecos fijaron  
Y sus dedos enjutos en él;  
Y después entre si se miraron,  
Y á mostrarle tornaron después;  
Y enlazadas las manos siniestras,  
Con dudoso, espantado ademán  
Contemplando, y tendidas su diestras  
Con asombro al osado mortal,  
Se acercaron despacio, y la seca  
Calavera, mostrando temor,  
Con inmóvil, irónica mueca  
Inclinaron, formando en redor.  
Y entonces la visión del blanco velo  
Al fiero Montemar tendió una mano,  
Y era su tacto de crispante hielo,

Y resistirlo audaz intentó en vano:

Galvánica, crúel, nerviosa y fría,  
Histérica y horrible sensación,  
Toda la sangre coagulada envía  
Agolpada y helada al corazón...

Y á su despecho y maldiciendo al cielo,  
De ella apartó su mano Montemar,  
Y temerario alzándola á su velo,  
Tirando de él la descubrió la faz.

*¡Es su esposo!* los ecos retumbaron,  
*¡La esposa al fin que su consorte halló!*  
Los espectros con júbilo gritaron:  
*¡Es el esposo de su eterno amor!*

Y ella entonces gritó: *¡Mi esposo!* Y era  
(¡Desengaño fatal! ¡triste verdad!)  
Una sórdida, horrible calavera,  
La blanca dama del gallardo andar!...

Luego un caballero de espuela dorada,  
Airoso, aunque el rostro con mortal color,  
Traspasado el pecho de fiera estocada,  
Aun brotando sangre de su corazón,

Se acerca y le dice, su diestra tendida,  
Que impávido estrecha también Montemar:  
—«Al fin la palabra que disteis cumplida,  
Doña Elvira, vedla, vuestra esposa es ya:

»Mi muerte os perdono.— Por cierto, D. Diego,  
Reposo don Félix tranquilo á su vez,  
Me alegre de veros con tanto sosiego,  
Que á fe no esperaba volveros á ver.

»En cuanto á ese espectro que decís mi esposa,  
Raro casamiento venisme á ofrecer:  
Su faz no es por cierto ni amable ni hermosa;  
Mas no se os figure que os quiera ofender:

»Por mujer la tomo, porque es cosa cierta,  
Y espero no salga fallido mi plan,  
Que en caso tan raro y mi esposa muerta,

Tanto como viva no me cansará.

»Mas antes decidme si Dios ó el demonio  
Me trajo á este sitio, que quisiera ver  
Al uno ú al otro, y en matrimonio  
Tener por padrino siquiera á Luzbel;

»Cualquiera ó entrambos con su corte toda  
Estando estos nobles espectros aquí,  
No perdiera mucho viniendo á mi boda...

Hermano don Diego, ¿no pensais así?»  
Tal dijo don Félix con fruncido ceño,  
En torno arrojando con fiero ademán  
Miradas audaces de altivo desdén,

Al Dios por quien jura capaz de arrostrar.  
El cariado, lívido esqueleto,  
Los fríos, largos y asquerosos brazos,  
Le enreda en tanto en apretados lazos,

Y ávido le acaricia en su ansiedad:  
Y con su boca cavernosa busca  
La boca á Montemar, y á su mejilla  
La árida, descarnada y amarilla  
Junta y refriega, repugnante faz.

Y él, envuelto en sus secas coyunturas,  
Aun más sus nudos que se aprietan siente,  
Baña un mar de sudor su ardida frente  
Y crece en su impotencia su furor;

Pugna con ansia á desasirse en vano,  
Y cuanto más airado forcejea,  
Tanto más se le junta y le desea  
El rudo espectro que le inspira horror.

Y en furioso, veloz remolino,  
Y en aérea fantástica danza,  
Que la mente del hombre no alcanza  
En su rápido curso á seguir,

Los espectros su ronda empezaron,  
Cual en círculos raudos el viento  
Remolinos de polvo violento

Y hojas secas agita sin fin.

Y elevando sus áridas manos  
Resonando cual lúgubre eco,  
Levantose en su cóncavo hueco  
Semejante á un aullido una voz  
Pavorosa, monótona, informe,  
Que pronuncia sin lengua su boca,  
Cual la voz que del áspera roca  
En los senos el viento formó.

«Cantemos, dijeron sus gritos,  
La gloria, el amor de la esposa,  
Que enlaza en sus brazos dichosa  
Por siempre al esposo que amó:  
Su boca á su boca se junte,  
Y selle su eterna delicia,  
Súave, amorosa caricia  
Y lánguido beso de amor.

»Y en mútuos abrazos unidos,  
Y en blando y eterno reposo,  
La esposa enlazada al esposo  
Por siempre descansen en paz:  
Y en fúnebre luz ilumine  
Sus bodas fatídica tea,  
Les brinde deleites y sea  
La tumba su lecho nupcial.»

Mientras, la ronda frenética  
Que en raudó giro se agita,  
Más cada vez precipita  
Su vértigo sin ceder,  
Más cada vez se atropella,  
Más cada vez se arrebata,  
Y en círculos se desata  
Violentos más cada vez:

Y escapa en rueda quimérica  
Y negro punto parece  
Que en torno se desyanece

A la fantástica luz,  
Y sus lúgubres aullidos  
Que pavorosos se extienden,  
Los aires rápidos hienden  
Más prolongados aun.

Y á tan continuo vértigo  
A tan funesto encanto,  
A tan horrible canto,  
A tan tremenda lid;  
Entre los brazos lúbricos  
Que aprémianle sujeto,  
Del hórrido esqueleto,  
Entre caricias mil:

Jamás vencido el ánimo,  
Su cuerpo ya rendido,  
Sintió desfallecido  
Faltarle Montemar;  
Y á par que más su espíritu  
Desmiente su miseria,  
La flaca, vil materia  
Comienza á desmayar.

Y siente un confuso  
Loco devaneo,  
Languidez, mareo  
Y angustioso afán:  
Y sombras y luces,  
La estancia que gira,  
Y espíritus mira  
Que vienen y van.

Y luego á lo lejos,  
Flébil en su oído,  
Eco dolorido  
Lánguido sonó,  
Cual la melodía  
Que el aura amorosa,  
Y el aura armoniosa

De noche formó:

Y siente luego  
Su pecho ahogado,  
Y desmayado,  
Turbios sus ojos,  
Sus graves párpados,  
Flojos caer:  
La frente inclina  
Sobre su pecho,  
Y á su despecho,  
Siente sus brazos  
Lánguidos, débiles  
Desfallecer.

Y vió luego  
Una llama  
Que se inflama  
Y murió;  
Y perdido,  
Oyó el eco  
De un gemido  
Que espiró.

Tal dulce  
Suspira  
La lira  
Que hirió  
En blando  
Concento  
Del viento  
La voz,  
Leve,  
Breve  
Són.

En tanto en nubes de carmín y grana  
Su luz el alba arrebolada envía,  
Y alegre regocija y engalana  
Las altas torres el naciente día:

Sereno el cielo, calma la mañana,  
Blanda la brisa, trasparente y fría,  
Vierte á la tierra el sol con su hermosura  
Rayos de paz y celestial ventura.

Y huyó la noche y con la noche huían  
Sus sombras y quiméricas mujeres,  
Y á su silencio y calma sucedían  
El bullicio y rumor de los talleres:  
Y á su trabajo y á su afán volvían  
Los hombres y á sus frívolos placeres,  
Algunos hoy volviendo á su faena  
De zozobra y temor el alma llena:

¡Que era pública voz, que llanto arranca  
Del pecho pecador y empedernido,  
Que en forma de mujer y en una blanca  
Túnica misteriosa revestido,  
Aquella noche el diablo á Salamanca  
Había en fin por Montemar venido!...  
*Y si, lector, dijeres ser cuento,  
Como me lo contaron, te lo cuento.*